

El peso del vacío

Heber Snc Nur



Presentado por

Poemas del Alma 

Índice

El adiós que nunca quise darte

Casualidad imposible

Poema XXI

El suicidio más bonito del mundo

Donde la luz no llega

Tu sonrisa

El ataúd que se incinera

El plan espontáneo de Cupido

Que el mundo me perdone

Una canción demasiado triste

Mi vida es una escalera

Aristas de hielo

Hasta la puerta de mi vida

El cansancio de tanto escribir

Un privilegio secreto

Tus pretextos y mis miedos

Una boca que no te besa

Al otro lado del silencio

Guerras donde yo siempre pierdo

Por inercia

Un dolor que nadie entiende

La sombra de un futuro

El tipo del espejo

Un domingo perfecto

Su vida

Perderme en ti y encontrarme contigo

Necesito

Caminos que se alejaban

Suelto entre las letras

Una habitación oscura

Una vida sin ti

Amor visible

La cúspide de los sinsabores

Convivir con nuestro pasado

Las piezas que nos faltan

Como la última vez

Minutos inertes

La máscara de mis secretos

Héroe y poeta

Contando fracasos

Fracasos

Ciego y empedernido

Se busca musa

El adiós que nunca quise darte

A veces me mirabas, sonreías
y era como si el atardecer más bonito
hubiese decidido adoptar la forma de tus labios.
He deseado tantas veces volver a aquel sitio.
Llenarte las manos de flores,
la boca de sonrisas,
el cuello de besos.

He amado tu cuello, ¿sabes?
Esta es una de las cosas que nunca te dije.
También tus mejillas, tus pestañas, tus orejas.
Eras preciosa en aquel pasado
y hoy sigues siéndolo en mis sueños.

Te maquillabas apurada y a veces con calma.
Solías tener una manera de caer en la cama,
tan cansada, que ganas me sobraban
de acostarme a tu lado.
Luego veías el techo, suspirabas.
Yo sabía que la paz tenía algo que ver con que
me miraras a los ojos, buscando respuestas
y con que me abrazaras sin mediar palabra.
Sabía que el amor nacía cuando te acostabas en mi pecho,
cuando nos tomábamos de las manos,
y el resto del mundo nos dejaba en paz sin rencores.
Los días se nos hicieron largos,
las noches siempre demasiado cortas.
Vivimos encerrados en aquel invierno
de unos cuantos metros cuadrados
y viajamos a tantos lugares con un abrazo.

Claro que eso y casi todo lo que escribo
forma parte de la recreación de una vida a tu lado.

Nunca mis manos sostuvieron las tuyas,
nunca te vi dormir de madrugada,
nunca salí contigo a cualquier sitio,
ni quedábamos para vernos tras el trabajo.

Eso duele. Saber que no exististe.
Saber que no te tuve
ni un segundo, siquiera.

Saber que te quedaste detrás de mis ojos,
a una eternidad de distancia de mi boca;
que luego las palabras que dije nunca te llegaron
y que el viaje de aquel sueño se prolongó demasiado.
Todos estos recuerdos son tan ficticios
como el adiós que te di aquella noche,
como aquel café en el que nos conocimos,
como aquella playa en cuya orilla descansa tu nombre.

Y sé que contigo hubiese sido feliz.
Sé que no me hubiese hecho falta extrañarte,
tampoco dudar si me creías cuando decía que te amaba
porque lo tenías claro desde el principio.
Hoy he confirmado que eres tan hermosa como imposible.
Quien te quiera lo comprenderá de inmediato
tal como yo he llegado a aprenderlo de memoria.

Y seguirás sonriendo allí por donde pasas
y los hombres seguirán soñando con caminar contigo.
Tú serás tan libre como aquellas flores que te gustan
y adornarás la vida de quien sepa merecerte.
Seguirás floreciendo incluso en invierno
y el amanecer de tus ojos iluminará el mundo.

Este es el regalo de consolación que me queda:
Mientras yo siga siendo capaz de escribir,
no hará falta la noche para abrazarte,

ni el calor de nuestras manos,
ni amar tu cuello, ni verte dormir sonriendo,
ni echar raíces ahí por donde tus pasos dejan huella.
Yo cerraré los ojos siempre que quiera
para traerte de vuelta y decirte muy bajito
sin que nadie pudiese escucharme,
que esta vez no quiero despertar si no es contigo.

Contaré atardeceres con mi bolígrafo de testigo,
dibujaré nubes en el cielo, planetas en el cosmos
y en aquella playa que nunca existió,
borraré tu nombre de su orilla
para que existas invisible,
para que te escondas en mi suspiro,
tan perdida como cuando llegaste,
tan hermosa como cuando te quedaste
y tan triste como cuando te fuiste.

Aquí el adiós que nunca quise darte:
te quiero.

Echarte de menos duele demasiado
y ni tú ni nadie sabe cuánto es demasiado.

Asume que te quiero y yo asumo que me olvidas.
Yo firmo con mi muerte en vida y tú con tu vida por delante.
Este es el trato irrompible y vitalicio.
Había demasiadas letras pequeñas
y te juro que no me había dado cuenta.
Tienes que creerme.

Casualidad imposible

Te encuentras al otro lado de la calle,
a una cantidad de pasos incontable.
Eres imprecisa, caminas dando saltos,
juegas con las líneas de la acera,
disimulas el rubor cuando alguien te mira.

Lo que daría por besarte la mano y tomarte la boca.
O a la inversa.
Contigo el orden de los factores no altera el deseo.

Puedo cantarte a los ojos y mirarte al oído,
sensibilizar tu piel con el aroma de mil ausencias.
Puedo contarte los lunares y aunque no tengas
yo te inventaría millones en la espalda,
sólo para ser quien plantó galaxias en tu cuerpo
con el fin de perderse entre ellas.

Puedo inventarte y traerte,
alejarte y amarte.
Puedo.

La longitud que hay entre tu boca y la mía
es tan inconsistente que hace que los cálculos se pierdan.
Estás a un imposible de distancia
contado en unos pasos que no doy por cobarde.
Estás a un canto de un silencio herrumbroso,
al final del bordillo, cerca de aquel poste de luz
que se apaga cuando te mira.

Te encuentro en todas partes
pero entre mis manos me faltas.
Te veo y ni siquiera sonrías,
te vas callada, esperas en el paradero

al bus que te lleve lejos
de lo cerca que estás de mi vida.

Puedo seguirte si quieres,
memorizar tus pasos, contar los centímetros,
minimizar el miedo y ponerte a mitad del camino
por si luego la cobardía me convence
y sólo me quede chocar contigo.

Hacer de nuestro encuentro algo inevitable
y encarrilar nuestros destinos en un camino indivisible.

Pero me he quedado plantado de nuevo,
mirándote y maquinando pensamientos.
Me he preguntado a quién le dedicaré las canciones,
a quién le pintaré lunares en la espalda,
a quién convertiré en infinito para perderme.
Tú has vuelto a sonreír inquieta
y te has marchado a aquel paradero,
dando saltos y jugando con las líneas de la acera
como si no supieras que yo te espero.
Como si con quererte no te bastara.

Poema XXI

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Escribir, por ejemplo,
que nosotros estuvimos hechos
desde siempre para despedirnos.

No nos separó nadie,
aunque lo imposible
también tiene rostro.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.

Decir, por ejemplo,
que mi vida es un poema
que ella nunca terminó de escribir.

La mañana sangrienta
de luces y destellos
no alcanzan a emular la herida
de un alma ansiosa y sedienta
que todavía no encuentra el descanso.

Hay tormentas que se disfrazan.

La mía tenía sus ojos
y aunque me llovía cada vez que la pensaba
nunca nadie me dio esperanzas tan bonitas.

Puedo escribir los versos más tristes este día.

Escribir por ejemplo:
«Ella me quiso a su manera
y su manera también dolía.»

Es cierto que yo me he ido
pero también es cierto que he llorado.

Que me parte en no sé cuántas mitades
de las mitades, de las mitades,
el hecho de que sea evidente
que estamos mejor sin el otro
y que mi futuro nunca estuvo a su lado.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
No he dejado de quererla, es cierto,
pero cuánto daría por no haberla querido,
por haberla dejado como siempre ella ha sido:
un alma sin dueño, una utopía con libre albedrío.

De otros seremos, tal como nunca quisimos.
Yo de otra que nunca entenderá mi historia
y ella de quien va a apoderarse
de todo el futuro que nunca me ha dado.

Aunque nadie llegue a quererla como yo la he querido
y aunque a nadie como ella pueda yo querer demasiado.

Porque en noches como ésta la tuve en mi sonrisa.
Mi alma no se alegra con haberla dejado.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche
como que no hay nada más vacío que mis versos sin ella.

Como que los astros tiritan azules a lo lejos
y que ninguno va a conspirar para que volvamos.

Puedo escribir los versos más tristes esta noche
y las noches que siguen después de ésta,
y de mañana
y de todos los días de mi vida.

El adiós es la parte más larga de la historia.
Y sé que aunque la odie no existirá el olvido.

Porque éste es apenas el primer dolor que ella me causa
y éstos los primeros versos que yo le escribo.

Adaptación de «Poema XX», de Pablo Neruda

El suicidio más bonito del mundo

Elegí mirarte después de verte.
Me propuse enamorar tus miedos y quitártelos.
Concedí mi valor a la muerte,
abracé a la esperanza con mi vida.
Te puse por nombre poesía:
«La chica de la catástrofe preciosa».

Lo nuestro fue un ápice de esperanza.
Viajé miles kilómetros cuando te miré a los ojos.
Contestaste mis dudas, canalizaste mi emoción.
Me abrazaste como sólo abrazan las tormentas:
haciéndome daño, pero sin dejar de ser hermosa.

Te quise aun sabiendo las consecuencias,
así que eres mi acto de valentía más grande.

Eres tan imposible como deseable,
un anacronismo sentimental:
un puñado de sal en la herida.

Escribo esto con un nudo en la garganta.
No de esos que dan ganas de llorar,
sino de aquellos otros
que dan ganas de morirse.

Me he enamorado como juré no hacerlo nunca.

Sinceramente,
eres lo peor que siempre quise que me pasara.

Me enamoras con esa sonrisa que destroza,
que pasa de largo,
que se detiene en quién sabe dónde,

pero que nunca sale de mi mente.

Me enamoras con tu ausencia tan presente,
tan mía y ajena,
tan tuya e impropia.

Me enamora tu
«me voy cuando se me da la gana»
y me abro más la herida con mi
«te seguiré adonde vayas».

No sé si quererte es lo que hago,
o si incluso lo que no hago
me lleva a quererte.

Sólo sé que estoy a un salto de distancia
del suicidio más bonito del mundo.

Y tienes que saberlo:
Lo nuestro es tan involuntario
como intencional.

Me enamoras y es inevitable.
Aunque no quieras
y aunque yo no quiera querer.

Donde la luz no llega

A ella le gustaba la noche.
Admiraba la luna, las estrellas.
Alguna vez me dijo que quería irse lejos.
«Allá, donde la luz no llega.»

No era musa, pero no por falta de atributos.
No era musa porque ningún poeta la había visto.

Sólo yo podía verla cuanto hubiese querido,
porque solía esperarla para escapar juntos.
Aunque el único que escapaba era yo.
Ella tenía al mundo en sus manos
y ser preso de sus silencios
era mi manera de ser libre.

Recuerdo una noche de aquellas
en las que la hice reír tanto
que le salieron lágrimas de los ojos.

«Eres un sol», me dijo.
Por desgracia, yo quería ser luna.
Porque a ella le gustaba la noche...

Tu sonrisa

Usas maquillaje para verte «más» guapa,
o al menos así lo veo yo.

Porque vamos,
guapa ya eres, y de sobra.

Me atrevería a decir incluso
que no te hace falta.

Pero sé que no me harías caso
así que mejor me callo.

«Qué sabrán los hombres de maquillaje.»

Te sorprendería saber, querida,
lo enterado que estoy en estas lides.

Podrás usar labiales,
povos, delineadores,
rizadores de pestañas,
sombras para ojos.

Pero cuando quieres enamorar
o cuando enamoras sin querer
la causa es una sola: tu sonrisa.

Me consta.

El resto del maquillaje
sale sobrando.

El ataúd que se incinera

Lo peor de no olvidar a alguien
es buscarlo en todas partes.
Lo peor es ponerte un límite
y sobrepasarlo.

No hay impotencia más grande que aquella que nace
cuando quieres escapar cerrando los ojos
y descubres que los recuerdos no buscan puertas abiertas.
Que se meten por las grietas, crean orificios
y se quedan muy adentro.

A lo mejor no sé querer sin que me duela,
que algo en mí siempre termina por romperse
cuando alguien llega.

A lo mejor estar vacío tanto tiempo
luego te llena de cosas que otros detestan.
De otra forma no tengo explicaciones.

Si se va alguien que quieres mucho
lo echas de menos y es inevitable.

Te sientes incompleto no cuando alguien se va,
sino cuando quien se queda en realidad quiere irse.

Así que sólo me queda esta herida con la forma
que harían tus manos si me hubiesen acariciado.
La esperanza es aquel ataúd que se incinera,
y cuyas cenizas lanzaré al aire, mientras
todo mi futuro se reduce a un par de canciones.

Si quieres la verdad, no pienso escapar de este sitio.
Que se caiga el mundo, no me importa.
Las cenizas también son paisajes.

Ya una vez construí una ciudad
con todas las promesas que me hicieron
y me sobró espacio.

Aun con todo no supe dónde meter
tantos sentimientos que ya no me servían.
Por eso seguí buscándote fuera de estos límites.
A veces necesitas derrumbarte del todo
para poder empezar de cero.

El plan espontáneo de Cupido

A mí me gustas así, sideral, misteriosa,
callada, franca y celosa.

Me he acostumbrado a tus silencios esporádicos
al devenir instantáneo de tus facetas
y no quiero cambiarte ni siquiera
el malhumor con el que te levantas.

Tengo planes a tu lado, aspiraciones de un aprendiz
que va descubriendo las líneas que dibujan
el contorno de tu caderas, tu talle ceñido a mis brazos
y aquella profundidad que cabe en un par de ojos
que miran y observan y que ven siempre
más allá de lo que uno es capaz de concebir.

Sé que me he tardado en decirlo, y lo siento.

La cobardía ralentiza con frecuencia mis planes;
pero hoy contigo sé que el arriesgarme
siempre será la decisión correcta.

Así que vamos a comernos el mundo,
a encender las farolas de día,
comer helados de noche;
jugar en el mar y armar castillos de arena;
iremos al campo y rodaremos por las laderas,
alzaremos los brazos al cielo
y todo lo que señalemos te juro que será nuestro.

Iremos adonde tú quieras

y haremos lo que tú quieras.

Conoceremos los centros turísticos
de esta y todas las ciudades que se nos antojen.

Cuando haga frío pasaríamos las tardes abrazados,
viendo las series que tanto te gustan,

o las películas que me traen loco;
prepararíamos nuestra comida favorita,
y al amparo de una taza de café caliente,
veríamos a la gente caminar a través de la ventana.

Te recitaré poemas al oído, cuando estés tan cansada
que tengas las ganas por el suelo y a mí me toque
ser quien te dé la dosis perfecta de arrullo,
entre susurros, a un par de centímetros de tu oreja.

Y cuando se haga de noche, en una de esas de verano,
te prometo que saldremos a caminar hasta tarde,
iremos hasta aquel rompeolas que tanto te gusta
donde nos miramos a los ojos una eternidad,
donde también nos dimos nuestro primer beso.

Le pediré varios deseos a las estrellas,
acumularé calor para el invierno,
materializaré tu mirada
y rescataré del fondo del baúl aquellas fotos
de nuestros primeros días tonteando
cuando no éramos nada más
que el plan espontáneo de Cupido.

Querida, sé que el futuro cabe en tus ojos.
Que si te miro me convierto en niño o en adulto.
Todo depende del precio que le pongas
a mi inocencia y me rescates del pudor
que más de una vez detuvo mis sueños contigo.

Soy consciente de que tienes nombre de tormenta,
pero lo cierto es que en ningún otro sitio
he encontrado una calma tan bonita
como la que tengo cada vez que estoy a tu lado.

Es cuando descubro que mi búsqueda termina

donde comienzas tú.

Y luego ya no quiero marcharme.

Que el mundo me perdone

Voy a morir joven, eso es algo que siempre he sabido.
No pienso recibir reverencias por ser anciano,
ni sostenerme inquieto sobre un bastón,
con barba y mirada sabia;
no espero ser el esposo ejemplo a seguir,
ni el mejor padre del mundo, si ni siquiera puedo ser un buen hijo.

Espero con serenidad el día en que cruce por error
un semáforo en rojo, y que para esta vez,
la suerte me haya abandonado.
Espero que no salga vivo de algún atraco,
o que vaya de camino a un hospital,
agonizando,
y expirar en la sala de urgencias.

Ser el primer fracaso de un médico
acostumbrado a salvar vidas.

Tampoco pienso tener hijos.
Es cierto que no hay nada en el universo
que me inspire más ternura que un bebé,
pero no es mi objetivo, y lo siento.

Aunque será mejor que todo esto ocurra
cuando mi padre y mi madre no puedan verme,
que ellos pasen de ser testigos
de cómo la primera promesa que hicieron
se apaga con cada segundo, con cada suspiro.

Espero que el mundo me perdone.

Que me perdone por querer dejar estas palabras
como único rastro de mi paso por sus caminos.

No espero que se me recuerde con alegría,
no creo merecer tanto;
tampoco que alguien visite mi tumba con frecuencia
a dejar flores frescas al lado de mi lápida;
no espero que le hablen de mí a todo el mundo,
que compartan mis libros cada vez a más gente.

Espero que me perdonen por ser tan negativo, que no pesimista.
Por pisotear ahora mis principios,
por ajustarme la soga al cuello en lugar de quitármela.

Hoy sólo quiero mirar a través de la ventana,
decirme a mí mismo
que ya, que algún día,
en cualquier momento me tocará ser feliz.

Pero que tampoco lo espere.

Y claro que le tengo miedo a la muerte,
es sólo que he aprendido a asimilarla,
a recibirla, si no con los brazos abiertos,
al menos con la calma cerrada.

Una canción demasiado triste

Me he acostumbrado a ver la noche y el día con los mismos ojos.
A veces pareciera que alguien viene,
porque las sombras se alargan, los pasillos se acortan,
mi tristeza rescata un nombre y una sonrisa.

Me dedico de nuevo a empaparme bajo la lluvia,
a mirar el pasado a través de una fotografía.
Se hace de noche, o mejor dicho, sigue siendo de día.
Ya no hay estrellas en este cielo despejado...
a veces el sol sale, saluda y se oculta.
Déjame en paz, le digo. Vete.

Cuántas palabras me guardo
como para que ahora no sepa decirlas.
Cuánto tiempo es demasiado para sentir,
cuántas veces me he ido para volver.
Asesiné palabras que me ahogaban.
Tenía que elegir entre ellas y yo
y elegí vivir un poco más,
pero ahora me pregunto para qué.

Si a ella la hiera decirle que la quiero,
a mí me mata callarme que la amo.

Será otro crimen que quedará sin resolver.

Es increíble lo fácil que resulta olvidar tus principios
cuando estás tan cerca de la orilla
y abajo se ven muchas manos con ganas de abrazarte.
Esa cálida promesa de una paz eterna que no existe.

Vivir sabiendo que pase lo que pase,
no pasará nada, es demasiado difícil.

No espero que alguien me entienda.

Pensé que estaría seguro dentro de un búnker
sin saber que las bombas las llevaba yo desde el principio.
Exploté adentro, y desde afuera nadie me oyó pedir auxilio.

Puedo mentirle al mundo pero no a mí,
y yo soy a quien tengo que rendirle
más cuentas que a nadie.

Me duermo en un rincón de este desastre.

Echo llave a la puerta y suspiro.

Nadie vendrá esta noche tampoco.

Me convierto en una canción demasiado triste
como una flor que se muere en primavera.

Mi vida es una escalera

Le he puesto luz a la noche,
he cambiado el café por limonada,
el invierno por verano (ni siquiera por primavera)
y la ciudad por la playa.
Hay mucha niebla, sin embargo.
Si me pongo a buscar caminos no los encuentro.
Lo mismo me pasa contigo, sólo que tú
no eres camino, sino lugar.
Y cuando te propones llegar a alguien los atajos no sirven.

Mi vida es una escalera que asciende
hasta un rellano sin puertas.
No es que te extrañe, es que
no me acostumbro a estar solo.
Nadie ha llegado a este sitio desde entonces
y a veces creo que lo mejor que podría
hacer con este edificio es demolerlo.
La única ventana que me queda
proyecta mi sombra contra la pared
y sé que si grito con fuerza nadie llegaría a oírme.

Ayer te quería, pasado puede que no.
Hoy no sé y posiblemente mañana tampoco.
Ayer volabas conmigo, pasado seré yo caminando.
Hoy me sueltas y mañana seguiré a rastras.

Recuerdo la felicidad de aquel matrimonio que no tuvimos:
el poeta adorando a la musa y la musa ignorando que él existía.
Si hubo un vacío, nunca lo viste.
Si hubo una herida, nunca supe mostrártela.

Vivo en este mundo
donde cualquier cicatriz es poesía,

donde vestir flores también es invierno,
donde al pecado se le llama cielo
y donde la felicidad sigue siendo una extraña.

Este poema es otra de tus culpas.
Te condeno al calabozo de mis palabras
a perpetuar tu nombre en mis sollozos.
Eres responsable de tantos delitos
contra mis sueños, contra la paz,
contra la felicidad y la tregua.
Contra la misma guerra.
Te quiero y esta vez ya no me quedan excusas
para refutar mis propios sentimientos.

Quédate en contra de tu voluntad
tal como yo acepté dejarte en contra de la mía.

Si uno es preso de sus palabras,
yo seré culpable de todas las que no te dije.

Que no se te haga extraño aquel individuo
que te mira en silencio por la calle.
Eso si es que llegas a verlo.
Yo me esconderé detrás de cualquier muro
para que sepas que los poetas,
si bien es cierto que no olvidamos,
también tenemos ese punto crítico
donde dejamos en paz a quienes nos mostraron un lugar
sólo para tener la excusa perfecta de tomar un camino.

Aunque no lleguemos a ninguna parte.
Aunque volvamos al lugar de siempre.
Porque mi vida es una escalera
que no sólo carece de destino.
La mía es además una que no termina.

Aristas de hielo

La última vez que te vi estabas guapa como siempre,
elegante como siempre, mortal como siempre,
dócil como nunca.

Hoy te estoy viendo, no me preguntes
por qué sé que es la última vez.
En tu sonrisa cabía mi memoria;
en tus ojos, mi presente de niebla;
en tus manos, filtrándose ese aire en el que
terminó convirtiéndose mi futuro.

He estado mejor ahora para verte,
que antes para quererte.
Supongo que tarde,
pero siempre llega ese instante
en el que las condiciones
para aceptar una derrota
se vuelven manejables
y hasta peligrosamente tentadoras.

Te acompaña aquel que siempre fue mejor que yo.
Le sonríes como nunca me sonreíste a mí.
Siempre te imaginé de esa forma,
aunque entonces me dolía.
Hoy no. Puedo aceptar que lo abrases,
que lo beses, que lo mires a los ojos;
más porque sabes que te veo,
que porque realmente te nace hacerlo.

Imaginé un final alternativo, recordando tus palabras
antes del último beso que nunca me diste;
imaginando tus pasos detrás de la puerta;
las flores abriéndose si las mirabas,
la primavera llegando a tu ritmo,

el sol acariciando tu cuerpo,
bajando la guardia el invierno
para evitar convertir
tus suspiros en olvido,
mi calor en un recuerdo,
nuestra vida en aristas de hielo.

Te acercabas lentamente, como si la gravedad
hubiese aprendido a besarte los pies.
Imaginé un murmullo, una música de fondo,
mientras abrías la boca y tus manos,
comenzaban a hacerle cosquillas a mis instintos;
diciendo que no volverás a quedarte sin motivos,
jurando que no le darás razones al invierno,
que se te escaparán *te quiero* en mi oído,
que formularán preguntas tus silencios
antes de convertirse en navajas de gargantas.
Y no te culparía en absoluto por lo segundo.
Hay quien usa el silencio para matar
y hay quienes lo usamos para morirnos.

Volver a la realidad es otro asunto.
Nunca me llevé bien con las verdades duras;
quizá porque siempre fui de mentiras suaves,
lo cual explicaría mi aversión a tus silencios,
pero mi aceptación a tu docilidad sutil,
la misma que usas para abrazar
a aquel hombre que nunca tendrá mis ojos,
ni mis manos, mi voz, ni este olfato hambriento
de buscar tus puntos débiles en mitad de una guerra
que siempre ganaba si aceptabas que un beso
valía más que un poema.

No quiero olvidar porque olvidar se parece a un entierro
y yo los he odiado todos desde siempre.
Muchos dicen que un clavo saca a otro,

pero nadie advierte que es posible
que la herida se haga más grande.
Otra me hará bien, pero no feliz.
La soledad en mí es voluntaria.
Tal como lo es para ti esta distancia.

Vete y guarda mis ojos en alguna parte.
Entierra en un baúl estos poemas,
incinéralo después si lo ves necesario;
procura que él sepa merecerte,
que se deje llevar más por tu boca que por tus piernas,
que pueda sentir en tu abrazo el final de todo el frío,
que nunca te veas mejor en el espejo que en sus ojos,
y que jamás te apague el ego díscolo
de ser tú la que gobierne en sus sueños y futuro.

Yo regresaré a casa por el mismo camino.
De tanto ir y venir, debes saber que
ya me lo he aprendido de memoria.

Hasta la puerta de mi vida

Querida Nadie:

Hoy he vuelto a ver a la chica del escaparate.

Hoy, luego de años.

Llevaba de la mano a un niño;

imagino que un sobrino suyo.

Me preguntó que dónde quedaba tal colegio

y casi le doy la dirección de mi casa.

Se marchó ignorando por completo

que varios poemas suyos descansan hoy

en el umbral de mi silencio.

Sigues sin aparecer y yo aún ignoro

a quién escribirle mis próximos versos en prosa

y mi triste prosa con rima.

Nunca me había quedado tanto tiempo sin escribir

y aun hoy, cuando intento plasmar alguna frase,

me es inevitable pensar en alguien

como si mis palabras estuviesen amarradas a un propósito.

No quiero, querida Nadie. No quiero.

También he visto a la chica de la mirada subterfugia.

Nunca te hablé de ella. Y no me extraña.

Era la razón por la que un amigo me odiaba,

pues mientras ella me miraba a mí,

él rogaba por un poco de suerte.

Estudiamos varias semanas seguidas

en la misma academia, en el mismo salón,

en el mismo círculo social

y nunca supe su nombre.

Imagino que tenía algo que ver con sus ojos claros,

pero lo cierto es que nunca una chica

me había inspirado tanta indiferencia.

Y tú, querida Nadie, sigues adornando cada sueño,
cada amanecer, cada transcurrir, cada noche
en las que una palabra mal ubicada
en el incompleto rompecabezas de mi mente
es capaz de alterar mis recuerdos,
hasta volverlos cenizas
al consumirse en el calor de este infierno.

Hay veces en las que incluso
te dibujo tal y como te imagino
y me hago la idea de que por un momento existes
y que la razón de mi soledad es porque te espero
que sólo te has marchado por un instante,
que no tardarás en regresar.

Me permito arrancarme un poema,
como si las heridas se curaran con palabras;
aquella noche estaba tan triste
que no sabía si estaba escribiendo
o si estaba llorando.

Lo peor de crear expectativas
es que luego tienes que sostenerlas.
Será por eso que ya no hago promesas,
ni me sonrío delante del espejo en las mañanas
antes de proseguir con un día
que ya quiero que se termine.
Será por eso que ya no espero nada ni de mí mismo.
Será por eso que el amor me cabe en un suspiro;
será por eso que la felicidad no me dura un minuto completo
y que mis manos siguen humeantes de frío y ausencias.
Será por eso que le tengo miedo a enamorarme,
que ni siquiera sé cómo actuaría ante aquel «sí» tan ansiado;
que sigo en duda si realmente podré hacer feliz a alguien

tal como tantas veces me he permitido imaginar
o si es otro truco de mi inestabilidad emocional
que últimamente no ha dejado de materializarse
entre mis manos frías, mis ojos vacíos,
mi boca sedienta y esta piel desértica.

Debes pensar que miento, querida Nadie.
Pero te equivocas.
Te espero sin quererte,
y te quiero dentro de este odio disfrazado de tristeza.

No es que te ame todavía como para seguir esperándote,
es que ya he aprendido a odiarte como para que cuando vengas
no tenga que molestarme en abrirte la puerta.
Ojalá que aquel día sea invierno como ahora,
así sabrás cuánto duele perseguir un rastro que se pierde
entre un viento que te escupe en la cara
lo muy tarde que has llegado a la cita.

A mi pesar imagino que no te será difícil identificarme.
Sigo siendo aquel que espera en una estación sin trenes,
en mitad del frío, haciendo malabares con sus recuerdos,
mutilando las esperanzas que unas alas rotas
le hicieron perder en su intento de ser feliz.
Sólo tú sabes que no soy tan triste como escribo
ni tan feliz como aparento.
Que llevo las piernas cansadas
de tanto ir detrás de aquellas mujeres
en cuyos rostros esperaba encontrarte.

Si me ves no intentes sonreírme, no intentes hacerme promesas,
no hagas nada que evidencie un amago de cariño;
no finjas nostalgia, no esperes que me emocione.
Simplemente haz como que me ignoras,
pisotea esta última mueca de triunfo que me queda en la cara
y pasa de largo,

directamente hasta la puerta de mi vida.

Seguro que sólo ahí, querida Nadie,
te daré la bienvenida que te mereces.

Debes saber que ahí está tu destino.

Y ojalá que aquel día

siga siendo invierno como ahora.

El cansancio de tanto escribir

Todo comenzó un agosto como este,
lleno de música, rimas, soledad y silencios.
Tenía más amigos, sonreía más seguido;
de hecho, puedo apostar que no era el que soy ahora
y no sé si sentirme el portador de un gran privilegio,
o el autor de un terrible fracaso.

Me enamoraba, odiaba, perdonaba, recordaba y sonreía.
No necesariamente por ese orden, pero casi.
Hoy saco la cuenta; ya son cinco años.
Días de plomo, de cicatrices tatuadas,
de personas nuevas, de distancias cada vez más grandes.

Pero lo cierto es que he comenzado solo.

Han sido cinco años de haberle puesto palabras
a sentimientos que no eran míos
y regalado los míos
ya que nadie los quería.
Cinco años tecleando, publicando,
ideando una trama, un engaño que atraiga.
Cinco años desnudándome delante de cualquiera
que se hubiera asomado desde el balcón
a observar cada una de mis ruinas.
Cinco años alimentando esta caldera
para un invierno que aún no ha terminado.
Cinco años soñando despierto,
rompiendo el silencio,
alimentando el odio,
odiando esperanzas.

Le he puesto lluvia a desiertos,
ignorando que soy yo

el dueño de esta sed.

He visto a miles, querido a muchas,
amado a pocas y odiado a unas cuantas.

Han sido varias mujeres y una sola musa.
Y ha sido una sola mujer con tanta poesía.

He escrito sin cansarme
sobre el cansancio de tanto escribir.
Me he odiado mientras tanto,
me he querido a veces;
he deseado morirme casi siempre
y he vivido con más fuerza todavía.

Me he asustado con los vértigos
y he amado el abismo.
He conocido a otros que, como yo, intentan
que su vida tenga más sentido cuando escriben.
A quienes buscan en la lectura un paso a otro mundo
y a quienes viven más de la cuenta leyendo.
He sido la primera vez de muchos
y la última también.
Los que se quedaron aún no saben
qué parte de mi vida es real o ficción,
qué parte de mí les muestro, qué otra les escondo.
La verdad es que no importa.
La poesía casi nunca dice la verdad,
pero hay que admitir
que sus mentiras duelen menos.

Me parece irónico que antes de conocerla
y hacerla parte de mi vida,
haya evitado la poesía a toda costa.
Lo mismo me pasó con el amor;
la diferencia es que sólo la poesía

se quedará conmigo para siempre.

Es un lustro que llevo estudiándome
para desconocerme.

Un lustro que he pasado escondido la mayor parte del tiempo,
tras haber huido un par de veces;
he publicado tres libros,
y he enamorado a tantas
sin quedarme con ninguna.

Han sido días donde la mayor esperanza que he tenido
he sido yo mismo.

Yo y estas manos y estas palabras y estas letras,
tejiendo poemas como si fuese un desafío demasiado grande.
(Y vaya que lo ha sido.)

Todo empezó un agosto como este.

Hoy tengo pocos amigos y sonrío cuando me acuerdo.

Y no saben lo terrible que es mi memoria.

Pero lo cierto es que comencé solo
y lo estoy hasta ahora.

Supongo que hay cosas que, simplemente,
no van a cambiar nunca.

Un privilegio secreto

Sé que duermes. Que estás cansada. Sé que no leerás esto en cuanto termine de escribirlo y te lo envíe, pero te quiero decir que me importas. O recordártelo, mejor dicho. Oye, que formar parte de las cinco personas que más te quieren es el regalo más hermoso que tengo. Sé que no soy la mejor persona del mundo, ni el mejor chico que conoces, pero me lo creo si me lo dices. Y me lo has dicho, así que todos pueden envidiarme si quieren. Que me envidien porque me quieres.

Sé que vas a despertar temprano porque el trabajo reclama tu tiempo, así que te digo buenos días desde ya, mientras escribo dándole cuerda a mi insomnio y manteniendo esta rara costumbre de ponerle letras a lo que pienso. Hace tiempo que no habíamos hablado y ya me hacía falta. Me hacías falta tú y tu voz. Escucharte durante unos segundos es suficiente combustible para poner en marcha mi ilusión contigo durante horas, así que mientras tú duermes y sueñas con lo que sea que no tenga que ver con este poeta cursi, yo escribo y limpio las cristaleras de mi corazón, para que cuando quieras venir a visitar tu cariño, lo encuentres todo ordenado, como lo dejaste, o aún mejor.

Te quiero. Ojalá no lo olvides. Y si lo haces, no te preocupes, que yo estaré aquí para recordártelo.

Y sonrío siempre, donde sea. Ya no me importa que otros te vean y se enamoren, porque he aprendido que tu belleza no puede esconderse ni aunque lo intentes. Quien te vea y piense que eres la chica más linda que ha visto en toda su vida, estará en lo cierto. Ese es un privilegio secreto que he decidido compartir sin recelo con el mundo, porque sé que no podrán tenerte como yo tengo tu cariño. Y esa es mi fortuna: el que me quieras y me lo digas. El que seas tú misma. El que brilles en todas partes...

Tus pretextos y mis miedos

Esta vez tampoco voy a esperarte. Falta la voluntad, pero sobre todo faltas tú. Cerraré la puerta con candado, pondré un par de cadenas, me arrastraré hasta la cama, recordaré hasta que llegue el olvido y me diga que en esta historia ninguno de los dos fue el personaje principal. El personaje principal fue la distancia. Todo giraba en torno a tus pretextos y a mis miedos. Todo, incluyendo la valentía absurda de romper la calma y exigirme. Pero exigirme qué, si cada vez que iba a por ti, tú ya no estabas. Era como correr detrás de un tren que se aleja, de un avión que surca el cielo, que va a parar a un lugar del que no hablan los mapas. Uno donde las cadenas no sirven, donde protegerse siempre estará de más, donde mirar al pasado es otra forma de ponerle sal a la herida. Por eso es que no voy a esperarte. Contaré los minutos mirando el techo. Dibujaré sombras en mi mente. Intentaré recordar hasta olvidarte. Hasta olvidar que te recuerdo. Que te quiero para siempre...

Una boca que no te besa

Noches como aquellas, lejanas y lluviosas, donde la canción de fondo éramos nosotros hablando entre susurros. Noches inalcanzables, en las que yo dibujaba y tú pintabas.

En las que yo ponía los besos

y tú los silencios;

yo las palabras, tú el sentido;

yo la calma, tú el desastre.

Hoy son noches sin ti y el recuerdo

es un tatuaje grabado a fuego, una cicatriz

que pese a ser vieja todavía duele.

He echado de menos tus silencios y mi culpa. Mis poemas también te extrañan, porque aunque es cierto que las palabras eran mías, la poesía siempre fue tuya.

Y yo te discutía los errores, mientras tú alzabas el volumen de la música. Te miraba y sonreías, como si no supieras cuánto duele una boca que no te besa. No sé si fui muy ingenuo o si tú muy sutil. Ni siquiera estoy seguro de haberte querido tanto como decía. El vacío que tengo, sin embargo, evidencia una guerra entre mi orgullo y mi sentimentalismo. Ambos sabemos que quien ganó fuiste tú. Y que te has llevado las llaves contigo.

Al otro lado del silencio

Hay mucho ruido, se esconden las sombras,
se marcha el viento y vuelven las penas;
juegan ajedrez el Pasado y el Presente.
El Futuro atisba a una distancia prudencial
del eje sobre el que se equilibra mi vida.

Se mueve el caballo del Presente y de un salto,
se come al alfil del Pasado.
Y mientras tanto, un peón muere de pena
al otro lado del silencio.

*En mi cabeza se enciende una llama y otra se apaga.
A ambas las controla una sonrisa.
La primera es de alguien que no sonrío muy seguido;
la segunda, de quien ya ha sonreído lo suficiente.*

*Navego montado en el viento;
a veces llego tan alto
que puedo tocar el suelo.*

*No le he dicho a nadie lo que escondo en este cofre,
ni lo que significan estas muecas.
Nadie sabe por qué casi siempre estoy callado,
ni cuáles son mis puntos débiles
donde puedan hacerme cosquillas
hasta reír tanto
que parezca que estoy feliz.*

La torre del Pasado, sedienta de guerra,
se arrastra hasta desplazar al caballo del Presente.
El Futuro desde las sombras se priva de risa,
y mientras tanto, un peón muere de pena
al otro lado del silencio.

*Callo más de lo que hablo y eso no es sorpresa.
La sorpresa es que lo que hablo
casi nunca tiene que ver
con aquello que quiero decir.*

*Me gusta el invierno, pero cuánto quema.
Cuánto ofusca, como si hubiese decidido
ponerle fin a este dilema de mi vida,
a punto del cuarto lustro,
a diez pasos de distancia.
No es invierno, claro, sino primavera.
Pero hace tanto frío que el verano
se ha puesto celoso y me mira desde el otro lado
frotándose las manos
como si planeara su próxima venganza.*

*Un peón salta en diagonal
y destruye una torre mal ubicada;
las piezas restantes tiemblan de impotencia
y se quiebra la secuencia armónica
de esta lid encarnizada;
los monarcas en mitad de la gresca,
confían su vida sorteando los movimientos laterales,
perdiendo el norte y el sur a precio de revancha.
Mientras tanto, un peón muere de pena
al otro lado del silencio.*

*Oigo canciones que no dedico,
dedico poemas que no leo,
leo a gente que no conozco
y conozco a todos menos a quien quiero.*

*A ella la quiero tanto que puedo hacerla llorar
sólo si con eso me quiere menos como ahora
y comienza a quererme más como yo quiero.*

Pero son tantas cosas. Tantos conflictos...

Unos peones se abrazan,
dos caballos se cubren las espaldas,
las torres no aceptan su destierro,
los reyes huyen y la reina es la única
que todavía tiene la espada intacta.
El Presente y el Pasado hace rato
que dejaron de estar al mando
y se miran a través del tablero
maldiciendo al otro con los ojos.

Un espejo se rompe y llora los días que lo ignoré.
Una flor se marchita y sus pétalos
son amenazas de muerte.
Recojo ambos sin mucha delicadeza y sólo entonces
noto que varias piezas de mi ser
se han quebrado y caen a pedazos.

Aún no asimilo la velocidad de este contrasentido;
ha sido un cambio brusco y yo, ya un ser decrepito,
cuyas esperanzas son tan resistentes como su memoria,
no me muevo de este sitio
y le doy la bienvenida a las nuevas piezas
y formo con ellas un nuevo hombre.
A ver si con suerte, este comete menos errores.
A ver si con suerte, a este lo quieren más
(o lo abandonan menos);
a ver si con suerte, este es más feliz
(o menos triste).

De mí sólo tendrá el nombre
y aquellas llamas que arden en mi cabeza.
Una que apenas se enciende,
y la otra que ya se reduce a cenizas.

El Futuro, incrédulo como siempre,
ve cómo las piezas arman su propia masacre;
al final abandonan el campo de batalla
y ningún estandarte se alza victorioso.
El Presente y el Pasado tampoco entienden
que hay decisiones fuera de su alcance.
Señalan con el dedo a aquel hombre
que nace de mis ruinas
y se apartan
y le ceden el paso.

Él vivirá con este micro-incendio
y dentro de lo que me permite el sentido común,
me atrevo a augurar que,
con ayuda de aquella suerte que no existe,
volverá por el mismo camino en busca de un abrazo.

Yo estaré aquí para recibirlo,
aunque dudo que para entonces
me sigan quedando fuerzas.
Mientras tanto, un peón muere de pena
al otro lado del silencio...

Guerras donde yo siempre pierdo

Para perder yo nunca estuve preparado. Ni para recordar cuando ya fuera demasiado tarde o para cuando estuvieses cerca de la puerta, darme cuenta de que no iba a volver a verte nunca.

Hoy dueles como todas esas historias que no se comparten. Mujeres inspiradoras habrán muchas, pero mujer ya eras tú antes de saber que las musas también existían. Y luego te convertiste en una sin que yo me diese cuenta. Quererte entonces me pareció un riesgo y yo la verdad nunca he sido un amante del peligro. Y luego tu nombre. Llegó a componer la banda sonora de mi silencio. Pensaba más en ti que en lo habitual y me sorprendí compartiendo un café con una esperanza que tenía tus manías. Escribir después de eso se hizo catártico.

En dónde habías estado tanto tiempo, por qué no llegaste antes; a cuántos amaneceres de distancia estuvieron nuestras vidas. Tú estabas metida en los pensamientos de quienes ni siquiera sabían tu nombre, siendo el reflejo de un pasado que nunca ha existido. Sólo cuando apareciste supe que le robaba el futuro a muchos. Ellos también te habían soñado pero sólo a mí te me cumpliste y eso que nunca te pedí como deseo. No creas que no estoy agradecido.

Aprendí a compartir mi soledad con tu indiferencia. Con tu cambio drástico. Con ese encanto envuelto en pétalos y lleno de espinas. Me quisiste a tu manera y la mía apenas iba amoldándose. Al principio me costó abrirme porque ya sabes que tengo de cerrado lo mismo que tengo de tormentas. Soy más de silencios que de alborotos. Pero sucede que cambiamos constantemente y, para cuando yo ablandé mi forma de ser, tú ya estabas aprendiendo a olvidarme. Olvidar en el sentido de que no ibas a ser la misma, vamos. Porque los dos sabemos que olvidar es imposible. Cambiaste todos tus semáforos a rojo pero yo iba a exceso de velocidad. El impacto me dejó un ala rota y desde entonces le tengo miedo a las alturas.

Intenté hacer lo mismo pero tú, además de ir un paso adelante, también ibas más rápido, como si conocieras el camino de memoria. Donde debía detenerme, seguía; y donde estaba prohibido desviarse yo me encontraba con un callejón sin salida. Aquel laberinto de idas, venidas y un sinfín cargado de pretextos hizo que reconsiderara volver. El problema era que no sabía por dónde y tú nunca pusiste señales. Y no te estoy culpando aunque eso parezca. Procuero hacer lo de siempre: escribir para explicarme a mí mismo cómo es que he terminado en este fondo si no recuerdo haber caído nunca.

Quizá no fui lo que querías. Debe ser eso. Yo nunca he tenido expectativas sobre una chica hasta que me demostraste lo contrario. Aunque olvidé que cuando alguien cumplía con los requisitos para quitarme el sueño yo también debía entregarle algo más que un puñado de poemas labrados con un alma que, para no haber muerto aún, ya había vivido demasiados infiernos. Cómo ibas a querer a alguien que para tener un buen día procura mantenerse lo más alejado posible del espejo. Tú, que al caminar arrastras la mirada de medio mundo. Que provocas un alzheimer relámpago en quienes te ven sonreír y que no tienes que envidiarle nada a nadie. Tú que eres musa de todo aquel que sepa mirar más allá de tu cuerpo. Que escondes secretos por los que muchos no dudarían en matar si fuera necesario. Llámame como quieras, soy consciente de que mi

superficialidad me hace ver guerras donde yo siempre pierdo.

Qué voy a decirte sobre mi intento de olvidarte, que resultó ser eso: un insignificante intento. Mi obstinación me ha llevado a entender que no quiero que dejes de existir. Que quiero seguir mirándote de lejos incluso si esta vez vas por otros caminos. Me bastaría imaginar que para mí sólo necesito tu recuerdo y esa puesta en escena de una felicidad transparente que viene cada vez que tu silencio me dice que nunca pasaste por aquí. No voy a dejar de dar vueltas mientras tanto, de este centro adonde vienen a parar las espinas que abrí con la emoción infantil de quien abre un regalo esperando que fuera lo que había pedido tantas veces.

Y aquí estoy. Si vas a irte más lejos recuérdame encender la calefacción porque sólo a ti se te ocurre convertir los días que faltas en invierno. Yo voy a intentar escribir más por si acaso dejo de tenerme tanto miedo y aprendo a quererme más de lo que me odio. Más de lo que me odio al perderte, me refiero. Algún día dejarás de ser ese dolor al que me he acostumbrado a esperar por las noches, pero no dejes de dolerme y no te dejarán de llover poemas. Sólo que me encargaré de que no te enamoren. Prometo ir esta vez más despacio.

Por inercia

Siempre quise ser tu primer suspiro,
tu cita de más tarde, tu canción favorita;
siempre quise que al mirarme lo supieras:
que estaba más cerca de tu vida que de la mía.
Siempre quise ser aquel sí que no le diste a nadie;
ese alguien al que no quisieras dejar nunca.
Siempre quise que rompieras tus esquemas conmigo.
Que el «jamás» y el «siempre» se esfumaran de repente,
y que los miedos de toda tu vida se fueran con ellos.

Siempre quise que supieras
de este anhelo casi enfermizo
de sacarte de una foto y traerte,
de besarte los labios hasta el alma;
de poder tocarte y tenerte,
para demostrarte de ese modo
que tenías un parecido irrefutable
con la mujer de todos mis sueños.

Y que tenías edificios palaciegos bajo los párpados
y que tus pestañas eran cobertizos
para esos dos agujeros cuyas pupilas
se dilataban con la oscuridad adecuada.
Y que tenías notas musicales en las yemas
que hacían bailar mis instintos al tocarme.
Que tenías el norte en los pies,
alas en los brazos,
y cuando volabas a mi lado
yo siempre besaba el vértigo.

Siempre quise decirte que me hundía
cada vez que no te encontraba cerca;
que el cerca contigo nunca me pareció suficiente

ni una sola vida a tu lado aunque sólo tuviera esta.

Que tenías unos ojos atardecer de verano
y unas manos viento de invierno;
que tu boca era un eclipse violento
y tu caminar un despertar constante.
Que tus caderas eran un vaivén infinito
y tus piernas dos toboganes a mis sueños;
que tenías el espejo retrovisor por delante
y el futuro a rastras como una sombra.

Siempre quise decirte que «hermosa» te quedaba muy corto
y que tu imposible me quedaba muy grande.
Yo, que nunca tuve más amor que el propio
¿y que aun así nunca tuve el suficiente?,
supe al mirarte que te amaría
más allá de mis límites constantes.

Te amé misteriosa porque sólo en el misterio
se encuentran verdades que llevan a otras verdades.
Y esta vida que no te cabía en las manos
bailaba con las mías en la curva tu espalda.
Y el descender de tu espalda besaba el cielo
de ese cielo que encerraba el paraíso.
En este mundo donde todo es relativo
te quise por ser la más absoluta.

Siempre quise que supieras
de este pedir deseos a las estrellas
y de todos los deseos que se cumplían al mirarte.

De esta nostalgia que me comía por dentro
y de todo este vacío que te pedía de vuelta.
Y tu sonrisa precisa y preciosa
para la que no parecía haber imposibles,
me golpeaba luego de cada despedida.

Y tus lágrimas de terciopelo líquido
derramándose como pago de una multa injusta
me recordaban las veces que no debí dejarte.
Y te callabas porque sabías que en el amor
siempre duele más el silencio que la distancia.
Te quise tanto como me odié por herirte
y me heriste poco para las promesas que te hice.

Fueron perdones mutuos y alejamientos previstos,
fueron atisbos de reojo y tentaciones a volver,
a repetir el ciclo de este círculo vicioso
como dos amantes que nunca entienden
una lección a la primera (ni a la segunda).

Hoy que te he perdido no sé si el pasado que dejamos
algún día podrá perdonarme;
lo que sí sé es que a este norte que me queda
le faltarán tus manías y le sobrá mi miedo.
Siempre quise que todo fuera distinto.
Pero solemos arrancarnos de cuajo a las personas
olvidando que eran parte de nosotros.
Será por eso que la inercia nos dicta
una ausencia irreparable en el pecho.

Pero qué podemos hacer al respecto
en este camino sin salida ni retorno.

A veces, también por inercia,
elegimos terminar en pedazos
a terminar juntos.

Un dolor que nadie entiende

Ha sido un día difícil.

Cuando el cielo está gris ponerse triste es demasiado fácil.
Te miraste en el espejo aquella mañana
y tus ojos llenos de ausencia no pudieron darte los buenos días.
El arte de mentir debería considerarse algo más que eso.
Es una mutilación en carne viva del sentimiento puro,
la contaminación de tu paz con la intranquilidad del resto.

Al mirarte te notaban rara.
Y fingir fue tu única salida.

Es que a quién hablarle de un dolor que nadie entiende.
A quién decirle lo que nadie quiere oír:
aquello que te guardaste,
aquello que te quita el sueño,
las ganas de seguir intentándolo.

Ha sido un día difícil.

Vivir se parecía a una canción demasiado triste
que nunca dejas de oír por muy bien
que hubieses tenido tapados los oídos.
Sonaba muy adentro, el ruido tenía su voz y te llamaba.
Caminabas y aunque tus ojos veían al frente.
sólo podías mirar las ruinas
de aquel mundo que terminó la noche anterior.
Ellos malinterpretaron tu tristeza con tu malhumor.
Mejor así, pensaste.

Ha sido un día difícil.

Y dónde estaban tus amigos,

dónde estaba Dios,
por qué te encontrabas tan sola.
Sabías bien lo que te faltaba,
sabías bien que se había ido,
sabías que tarde o temprano sucedería.
Lo triste es que fuera tan pronto.

Tú querías ser princesa de aquel cuento,
pero te convertiste en musa de poemas
y lograrlo te salió demasiado caro.
Fuiste feliz, pero a qué costo.

A nadie le gusta ser la causa de los desastres.
Parecía que iba a llover.
De pronto hizo tanto frío
pero sólo eras tú.

Aquel día tan difícil,
se desató la gran guerra
y todos los cañones del mundo
habían apuntado a tu pecho.

Volviste a casa tan rota como saliste.
Las horas habían resultado demasiado largas.
Te echaste en la cama, rescataste aquel libro
y deseaste perder la conciencia a mitad de una frase.

Ha sido un día difícil.
Tú no has sonreído
y tampoco salió el sol.

La sombra de un futuro

Y cuando te abrazo, ¿tú lo sientes? Un frío que nace y muere al instante, en un suspiro que dura hasta que te suelto y dejamos que la ausencia nazca en nuestras manos. Yo te veo y te descubro; eres distinta de un parpadeo a otro, cambiante según la dirección en la que miras, feliz dependiendo del tamaño de tu sonrisa, pero, sobre todo, de la causa. Ahora mismo estoy extrañando a un hombre, no recuerdo cómo era, ni siquiera sé si estas manos que te tocan también le pertenecían, pero estoy seguro de que no es este que te mira y desea que lo mires como él lo hace. Los de esta semana han sido días grises, gélidos. Incluso cuando estoy fuera de casa siento que aún me quedo dentro. Llueve y la tristeza busca un rincón en mis labios; si no sonrío que no te parezca extraño. Porque si entre bromas se te ocurre mencionar su nombre, si al final decides nunca dejarlo ir, si se queda contigo a pesar de estar con ella; si soy la sombra de un futuro que no se toca, que no se ve, que no existe..., en dónde me quedo queriéndote, o cómo darme cuenta de que te quiero sin que me duela. Por eso me quedo con lo seguro. Con besarte la mejilla si te veo, con sentir tu calor si te acercas, con caminar a tu lado y que no te importe si luego me siento a escucharte. Con no perderme cualquier instante, dure lo que dure, aunque me dediques el tiempo que te sobra y aunque te lleves todo el tiempo que me falta. Cuando te vas me doy cuenta de que se me dejan de ocurrir cosas por las que no estar triste. Y me cuesta aceptarlo muchas veces...

El tipo del espejo

Hay un ajedrez en mi cabeza.
Algunas vidas dependen de un salto;
otras, en cambio, de un simple movimiento.
No he visto a nadie perder feliz
y menos a alguien ganar llorando.
No de tristeza, al menos.

No es mi temor quedarme solo;
mi mayor miedo siempre ha sido
que la soledad me duela tanto.

No he visto más luz que mi sombra,
oído más ruido que mi silencio,
u odiado a alguien más que a mí mismo.
Es todo culpa del tipo del espejo, me digo.
A veces me sonrío, burlón.
Casi siempre gana las discusiones.

Le he retirado la palabra,
pero cada vez que puede, vuelve.
Me toca la puerta,
me despierta por las noches;
le digo que se vaya
y me reta a obligarlo.

Lo peor es que nunca viene solo
ni con las manos vacías.
En una mano lleva una botella
y en la otra un paquete blanco.
Y arma una de esas juergas
tan locas
que ganas me sobran de salir corriendo.

Él sabe que no me gustan las fiestas,
ni el alcohol, ni bailar, ni el jolgorio,
ni siquiera soporto el humo del tabaco,
ni el ruido de la música,
ni el juego de las luces,
ni la gente desconocida,
ni la felicidad ajena.

«No es por tu hurañía
¿suele recordarme?
Es porque estás triste.»
No respondo por no discutir
y me callo sabiendo que es peor.
De aquel paquete saca algo nubloso,
me obliga a inhalarlo
y luego me pregunta qué siento.
«Estoy mareado», le digo.
Él asiente.
«Nadie es tan fuerte ante un recuerdo», contesta.
Me sirve una copa de aquel líquido viscoso
y ya sin fuerzas, no puedo negarme.
El resto arma un círculo alrededor de mí,
lanzando gritos, alentando mi encuentro con la droga.
Un trago, dos tragos, tres tragos.
El primero me sabe a incertidumbre,
el segundo a miedo
y el tercero a despedida.

Luego una chica me saca a bailar.
Me obliga, mejor dicho.
Casi siempre es la misma.
Nunca habla, sólo sonrío
y cuando le pregunto su nombre
da un giro,
me rodea el cuello con sus brazos
y me planta un beso tan profundo

que mis labios comienzan a quemarme.
Juraría incluso que no es normal.
Ninguna nostalgia es tan guapa
ni tan dolorosa.
Aunque lo más seguro es que me equivoque.

Cuando quiero sentarme,
siempre hay otra chica,
siempre otro baile interminable,
siempre otro giro,
otro silencio,
otro beso y otra tristeza.

Quise morirme varias veces
en mitad de aquella celebración sin rumbo.
Sus voces se oyen hasta cuando despierto.
Al día siguiente me duele tanto la cabeza
que un dolor sordo late en mi nuca toda la mañana.

Por eso mis desvelos.
Por eso este ajedrez.

Cuando veo a los reyes borrachos de apatía,
a los alfiles gritando una partida,
a los caballos rugiendo de ganas,
a las torres atentas
y a los peones con el miedo al cuello,
sé de inmediato quién les ha hecho una visita.
Al llegar encuentro el campo vacío.
Pero yo siempre llego tarde.
No ocurre lo mismo con mi mente.
Mis pensamientos también se pasan de copas
y soy yo el que tiene que poner todo en orden.

Nadie está aquí cuando tengo ganas de jugar.
El otro extremo casi siempre está vacío

y tengo que ser yo quien mueva todas las piezas.

A veces pierdo; a veces no,

pero nunca sé quién gana.

Supongo que el tipo del espejo.

Él ni siquiera pierde las discusiones.

Un domingo perfecto

Es un día como cualquier otro;
hace frío como en cualquier otro:
es perfecto para salir a caminar
y que la nostalgia me encuentre
a mitad del camino.

Ha caído domingo.
Casi nunca sonríó los domingos;
es el día inicial de un mes
que me trae más lluvia que arcoíris.
Eso no sería un problema de no ser porque
es el mes que menos tiene que dolerme.

He salido a dar un paseo
más por mis pensamientos
que por las calles.
Me he encontrado avenidas abandonadas,
fuentes al eco de recuerdos,
paisajes grises,
como salidos de un fantasma del pasado.
Calles transitadas por sombras,
mercados sin abasto,
trenes descarrilados,
varados a mitad de la nada.
Me parece increíble lo desolada
que puede estar una mente.

Es un día como cualquier otro,
pero eso casi nadie lo entiende.
Hoy también sale el sol,
también amanece,
y tarde o temprano
va a anochecer.

También hace frío y el tiempo quema;
también estoy solo y acompañado;
también siento mis pies en el suelo,
y también me elevo al cielo y vuelo.

Pero insisten en venir y me rodean,
insisten en sacarme de la cama,
insisten en saludar incluso
aquellos que no conozco.

No recuerdo cuándo fue que comencé
a tenerle pánico a los espejos,
ni que dejara de disfrutar la víspera;
no recuerdo cuándo fue
que dejé de esperar este día,
que dejé de mirar al calendario con ansias,
que deseara los abrazos para otras ocasiones
y que abandonar la cama
no me supiera tan amargo.

Pero es un día como cualquier otro,
los llantos sobrevienen como infinita lentitud,
cayendo como cascadas desde lo alto
hasta lo más hondo de este acantilado.
Es un día perfecto para perder la cuenta,
un día perfecto para comenzar otras,
un día perfecto para estar triste
y para sacar todo aquello que no me llena.

Así que voy y pongo en el armario las ropas de ayer,
recaigo sobre el mismo lecho de esta nube helada
y al amparo de algunos relámpagos
creo esta aura de litigio entre la paz y la calma
y me abrazo fuerte las piezas rotas
como quien se reconcilia con la tristeza.

Es un día como cualquier otro, ya lo he dicho.
Perfecto para poner un poco de caos en tanto orden,
perfecto para despejar la ventana
y mirar al otro lado del mundo,
aspirando sueños por los ojos.
Es perfecto para morir un poco,
perfecto para establecer un vínculo con el mundo
sólo para romperlo.
Pero es perfecto.
Perfecto incluso para cumplir años
aunque sea domingo.
Eso tampoco puedo discutirlo.

Su vida

Ella también se tapa la boca cuando ríe,
también se arregla el cabello cada par de minutos.
También besa cerrando los ojos,
como si aquello formase parte de una escena de romance.
También le encanta el helado de chocolate,
la comida rápida y el café tanto como las gaseosas.
Baila y cuando sonrío parece que el sol se oculta en su boca.
Sueña tan alto y camina tan bajo,
que a veces temo que se encuentre con mis miedos
en ese sótano donde, también,
tengo atadas las cosas que me recuerdan a ti.
Ella también escucha música en Spotify,
mira películas y series en Netflix antes de dormir
y al despertar siempre lee su libro favorito,
ese de poemas que tanto le encanta.
Lo único que tiene ella que no tienes tú,
sea quizá la forma en que dice te quiero.
A ella le suena más convincente.
Y cuando me abraza
¿esto es vital?,
cuando me abraza
siento que nunca va a hacerlo
por última vez.
Siento que nunca va a irse
y si se va
no voy a tener que aprender
a vivir sin ella
antes de que se aleje.
Con ella no estoy improvisando.
Puedo verlo en sus ojos.
Que yo soy su vida.

Perderme en ti y encontrarme contigo

He vuelto con más sed de tu boca que de venganza,
el atardecer ha eclipsado mis intenciones y ahora,
viéndote así, con esa sonrisa estrella de la noche,
no puedo evitar pensar que Cupido
ha estado todo este tiempo apuntando al lado incorrecto.

Estoy aquí, me ves,
con las manos y la vida envueltas en ganas y promesas.

He regresado por el camino más largo
para tener más tiempo de pensar en cómo acabar contigo,
pero ahora lo que menos quiero es comenzar sin ti
este camino que tu sonrisa me ha puesto por delante.

El sol le ha devuelto los colores a la ciudad.
Las canciones ahora suenan menos tristes.
Los poemas que leo han cobrado el sentido.
Y cada vez que escribo siento que me desnudo de golpe.

Oye...
Voy a decírtelo por enésima vez,
te escribiré poemas hasta que te canses,
hasta que tengas en claro que me encantas.

Que me encanta esa luz tuya que acompleja a las estrellas.
Que me desvivo por pensarte, por tenerte, por amarte.
Que escucharte hablar es un efecto esquizofrénico.
Que si la locura eres tú, yo simplemente carezco de remedio.

Que eres tú la primera sin segunda.
La razón por la que se hacen más canciones,
por la que escribe este poeta,
por la que odia la gente.

Porque odian que existas.
Porque no pueden ser como tú.
Y porque en tu interior
habita la esperanza que a ellos les falta.

Te quiero porque eres por quien se mueven las nubes.
Por quien se desvanece el viento.
Por quien nacen las flores.
Por quien se alarga el verano.

Eres por quien llega el otoño,
para demostrar que no porque se caigan las hojas,
la vida tiene que dejar de ser hermosa.

Todo esto pienso cuando te veo,
o mejor dicho,
cuando me miras.

Cuando sé que aunque sea por una milésima de segundo,
yo, este ladrón de más lástima que de corazones,
ha tenido tu atención y tu tiempo.

Imagina todas las cosas que no te he dicho,
cosas que no sé contarle a un poema,
cosas que mantengo en secreto incluso de mí mismo,
porque quiero descubrirlas contigo.

Porque lo demás ya lo sé.

Sé que tus mejillas miden sesenta caricias milimétricas,
que recorrerlas por completo tarda una hora,
y que hay un minuto por caricia;
sé que tus ojos no siempre miran a un mismo sitio,
sé que cantas más de lo que hablas,
que a veces necesitas que te abracen,
y otras que te den un cielo libre

para estrenar esas alas que te crecen a diario.

Sé que mides un metro sesenta y cuatro de belleza,
que pesas la misma cantidad de libras que un puñado de atardeceres;
sé que Sidney te espera cada vez que cierras los ojos,
que tus sueños no es que sean más altos que los míos,
sino que se van por direcciones diferentes.

Sé que tu música preferida es esa que mueve el suelo de tu alma,
y que Dios te sostiene, te alienta, te cuida.
Sé que estás hecha de planes y visiones.
Que tienes un montón de defectos y virtudes.
Sé que te quiero por completo aunque parezca una locura.
Que de vez en cuando sientes no merecer tanto cariño.
Y que puedes tener miedo a la muerte
sin saber devuelves la vida y matas.

No presumo ser el que te quiera como nadie,
pero me gusta que seas a la que más estoy queriendo,
me gusta encajar en ese vacío de tu vida,
porque la mía sin ti está incompleta.

Ojalá tomarte de la mano pronto,
ojalá perderme en ti y encontrarme contigo.
Supongo que sabes a lo que me refiero.

Que por ti, lo que por nadie.
Que en ti, lo que en ninguna.
Que si no tú, no será otra.
Hasta que aprendas de memoria que te quiero.
Hasta que se te grabe en el corazón lo que yo siento.

Necesito

Hoy, cuando cantan las nubes y tiritan el viento.
Hoy, que baila el sol y alumbran las sombras.
Quiero decirte que no sé quererte de otra forma
que no sea opacando mis palabras en tus manos
y mi silencio entre tus ojos, tan profundos y bonitos
que hacen que en las noches
las estrellas sean más claras
cuando se apagan.

Eres tan sutil como directa,
tú, que dices que los milagros no existen
como si nunca te hubieras mirado al espejo.

Te quiero para borrar el pasado y anclar mi futuro
en el presente más cruel de mi memoria;
ahí donde me habita lo que desconozco,
que al mismo tiempo es a lo que más le temo.

Quisiera huir, te juro,
pero sé que estoy perdido
si en cada paso en falso te encuentro.

La mejor incertidumbre es que me tengas en tus manos
cuando quisiera estar en otro sitio.
Y aun así cerrar los ojos.
Esperando el mañana.
Un no sé qué
acompañado de la humedad de tus labios.

Si disparas ahora no va a dolerme.
Puedes intentarlo, si quieres.
Comienza por el principio.
Vuelve a decir que me quieres.

Miénteme, si lo ves necesario.

Necesito creer que lo haces.

Necesito creer.

Necesito querer.

Caminos que se alejaban

Era demasiado tarde y tú lo sabías.

Volvimos a aquel verano,
creyendo que el pasado
nos iba a dejar en paz.

Fuimos felices, para qué engañarnos.

La única queja que tengo
es no haber tenido más tiempo.

Tuve cien errores y doscientos perdones.

Tuviste mil te quiero y el doble de olvidos.

Fueron tres días y quinientas noches
las que marcaron esta historia infinita.

Nos quisimos como aquellos que se pertenecen,
pensando que el mundo
puede caber en un beso.

Y nos dimos tantos que perdió el sentido.

El amor también se cansa de lo bonito.

Y es triste saber que este desastre
fue lo que mejor me salió hacer
sin saber lo que hacía.

Pero me dijiste te quiero
y con tu mano cerraste mis ojos
para que se me olviden por completo
las flores de tus pestañas.

Me abrazaste, pero sentí tu frío
temblarme en el pecho.

Volví mi vista hacia tus ojos
y en ellos vi caminos que se alejaban.

Quise tragarme otra mentira,
pero iba a ser inútil.
El amor no entiende de rescates.
Y tú sabías eso,
que se nos había hecho tarde.

Demasiado tarde.

Suelto entre las letras

Escribir tiende posibilidades,
le cierra las puertas a la conciencia,
le abre la razón al sentimiento.
Escribir es perdonar la mentira,
sacrificar la verdad,
condenar al vacío al paredón de las palabras.

Escribir es levantar muros y mirar a través de ellos.
Escribir es catártico,
el incendio que se desata entre las manos.

Escribir es cambiar de musa en cada párrafo,
extrañarla como si fuera una sola;
escribir es erigirla como el centro de un universo
que sólo existe en la inmensidad de un poema.
Es también el dolor, la angustia,
de saberla dueña de tu historia
y ajena al mismo tiempo.
Es darle las llaves de aquel cofre
que contiene tus mayores deseos.

Escribir es volar a través de las líneas,
fijar el soporte en un par de vocales,
mientras que al otro lado,
la magia se pone de pie y aplaude,
las luces se encienden,
alguien sonrío,
alguien siente.

Escribir es eso, la ilusión,
el golpe, la caricia;
es la hora punta de las desolaciones.

Es enterrar los recuerdos
entre las hojas,
suplantar el miedo por las ganas,
bajar al sótano de la ironía,
y subir al cielo de su boca.

Escribir es místico, casi celestial;
es tambalear la conciencia
entre la ficción y lo real;
es confundir identidades
y perder la propia,
como reconocerte más en una máscara
que delante del espejo.
(O quizá no es perderla realmente,
sino reconocer la que llevábamos dentro
tanto tiempo
sin saberlo.)

Porque escribir también te abre los ojos,
te muestra que la persona que realmente eres
no es el que está encerrado en una foto,
sino el que está suelto entre las letras.

Una habitación oscura

Ya no era él el cobarde.
Ahora el espejo se escondía sin quebrarse.
Había aprendido a esquivar la luz, las sombras,
y apenas escuchaba sus pasos
abandonaba su lugar y se escondía.

Él se preguntaba adónde se iban todos.
Por qué la casa estaba tan vacía
y a quién se le olvidó limpiar
los rastros de arena en mitad de la sala.
Un televisor sin señal
encendía de destellos las paredes
de una habitación oscura
mientras un gato gordo dormía
sobre un sillón empolvado.

Al otro lado de las ventanas siempre era de noche.
A veces alguien se detenía y se quedaba mirando
varias horas hasta confundirse con el paisaje.
Él sabía que era gente conocida.
Había visto a esas personas
en algún momento de su vida.
Todos tenían la misma cara
y se iban a la misma hora
con el deseo de poder quedarse.

El gato maullaba cada vez que podía
y dejaba rastros por el pasillo;
eran huellas que iban
a todas partes y a ninguna.

Por las mañanas el sol no salía,
pero él esperaba siempre al borde del alféizar

con una taza de sueños en la mano
tan caliente
que le dejaba cicatrices en el alma.

«No ha llovido anoche.
Son lágrimas
las que empañan las ventanas.»

Y dibujaba en el vaho
unas nubes y un sol.

Nunca podía ver su reflejo
y sus manos no podían describir su rostro.

Su mejor pasatiempo era esperar
y pasar horas y horas y horas
buscando aquel maldito espejo
para que le devolviera la mirada.
Pero nunca lo encontraba
y la gente venía
y él recordaba
y el gato maullaba
y la gente se iba
y los rastros se alejaban.

Ya no era él el cobarde,
pero tampoco podía encontrarse
en aquel laberinto decrepito
del silencio ahogado en el llanto.
Nunca se había sentido tan solo.
Tan terriblemente solo...

Una vida sin ti

De pronto cerré los ojos y al abrirlos ya no estabas.
No hay nadie y la luz se ha ido,
se han encendido las farolas de la calle
pero estoy tan lejos de ella que las sombras
son las únicas estrellas que me quedan
en esta noche fría y desolada.

Ya los deseos no se cumplen al pedirlos,
los sueños se escapan con el día
y cada minuto que paso sin ti
los segundos se alargan y me ahorcan,
me dejan sediento estas ganas de tocarte.

A lo mejor no te has ido.
A lo mejor hay ruido,
o es el silencio
que suena de otra forma.
A lo mejor todavía me quieres,
a lo mejor me miento al olvidarte.

Y buscarte entre estas paredes que me encierran
es un peso lanzado al fondo de un mar
que hace tiempo que no besa tus orillas.
He odiado las playas desde entonces.
Tus acantilados y los míos se miran con nostalgia
a través de esta tormenta que nos separa.

No puedo pensar en otra cosa y si te miento,
si te miento será para morirme.
Supongo que no hay diferencia.
Una vida sin ti se parece a la muerte
salvo que de la muerte real no se despierta
y yo cada día amanezco consciente de que me faltas.

Aquí sólo estoy yo
y esta nostalgia del tamaño de una realidad
que es demasiado grande para asimilarla.
No hay ases ni trucos en esta ecuación maldita.
El recuerdo es el factor común de las tristezas.

Pero las luces se han marchado.
Se han marchado lejos
y la única estrella que tenía perdió su brillo.
Los deseos los he lanzado al fondo de este océano.
Se han hundido tanto
que todavía me visitan por las noches.

Amor visible

A veces me gustaría saber en qué momento una persona llega a querer a otra, ese punto exacto de quiebre de la estabilidad sentimental que da un salto de éxtasis a un nivel que asusta. Saber en qué momento alguien te mira igual pero con distintas intenciones, y su sonrisa ahora depende de lo cerca que te encuentres; o en qué momento un silencio se convierte en invitación a romperlo con un beso, en qué instante un beso en la mejilla desea resbalar hasta los labios. Hablo de la gente que quiere sin decirlo. De quienes caminan cabizbajos por temor a que sus ojos expongan sus verdades. Es por eso que digo que creo en la mirada de quien ha pasado demasiado tiempo con los ojos en el suelo. De quien, al levantar la vista, sólo mira promesas que se marchan, ilusiones que sonríen, personas que lastiman. No lastiman las personas, claro, pero cuando le pones el nombre de alguien a tu secreto más grande, y esa persona se va, esa carga quiere salir de tu pecho y marcharse con ella, y el intento de luchar contra esa fuerza cansa, te quita las energías para desear terminar bien el día. Cuántos así por el mundo, cuántos que miro a diario. Cuántas parejas siendo todavía amigos, cuántos amigos que todavía no se conocen. Si pudiera verse el deseo, la nostalgia, el anhelo, seguramente que más de uno sería correspondido y muchos estarían felices ahora mismo; sería más fácil pasarse protocolos como romper el silencio, una invitación a salir, quedarse a solas, armarse de valor. Creo que debe haber algo, una señal contundente. Ojalá el amor fuera tan visible como el odio.

La cúspide de los sinsabores

El sentimentalismo enerva en noches como esta, cuando el silencio se acopla a mi ritmo cardíaco y ciertos recuerdos saltan de su letargo hasta hace unos minutos inalterable. Noches como esta donde hago una remembranza cronológica de sucesos que tuvieron lugar en mi vida hace meses o años y que son tan fáciles de traer al presente. Donde la paz anida en el sueño y el miedo acompleja al futuro, donde la máscara es el reflejo de lo obvio y el verdadero rostro un simple óleo en blanco a merced de una esperanza artista a ratos libres. Noches donde el mundo rota a una dirección distinta, donde la oscuridad es una llama encendida y donde el frío deja menos cicatrices que una herida. Noches tibias, de ecos profundos, de sombras sin nombre, de pasos sin dueño y rutas desiertas. De pasillos que se alargan, de un sueño que nunca llega, de manos que escalan el muro de lo insalvable, de gente que no existe, de aquellos que se han ido. Noches de este tipo, catalogadas en lo indefinible, en lo abstracto, y situadas en la cúspide de los sinsabores...

Convivir con nuestro pasado

Es inevitable sentirse ajeno a ciertos recuerdos. Cuando el tiempo pasa, arrastra consigo esa sensación de familiaridad que nos ataba a ellos y de pronto, las personas y los lugares, y todo aquello que terminó por marcharse, se nos hacen extraños por el sólo hecho de estar lejos. Pudieron haber ocupado un lugar importante en nuestra vida; pudieron, en su momento, significar nuestro mayor tesoro, pero el tiempo no perdona y a cada primavera le llega su otoño. Esos recuerdos que tenemos ahora pasarán a ser la realidad de otras personas, y ellas a su vez tejerán un lazo de cercanía que, años más tarde, si este ciclo se repite, verán a sus mayores tesoros marcharse lejos, a formar parte de la vida de alguien más. La vida se compone de momentos y siempre quedará de ellos esa grata plenitud de haber sido parte de nosotros. De haber cambiado para bien o para mal nuestras decisiones, el rumbo de nuestra vida; de habernos hecho conocer nuevos lugares, sensaciones... Eso es lo que se queda: el momento, no los elementos que lo componen. Las personas se van, cambiamos de paisajes y, sin embargo, el recuerdo permanece, aunque luego pasemos largas jornadas sintiéndonos unos extraños intentando convivir con nuestro pasado.

Las piezas que nos faltan

En ocasiones también nos abandonamos a nosotros mismos. Y en esos casos, las fotografías parecen contarnos acerca de cómo éramos antes. Nos abandonamos por el camino, dejamos sueños, principios, ciertos lenguajes, y si pudiésemos desprendernos de ellos habríamos dejado también la piel y la memoria. Llegados a un punto donde el retorno es imposible, descubrimos que nos parecemos más a aquellos que juramos nunca ser que a aquellos a los que aspirábamos. Un día alguien me dijo que el cambio es bueno. Yo nunca lo he creído, a menos que ese cambio nos haga crecer, nos dote de experiencias y alimente nuestra integridad, entonces es bienvenido. Lo cierto es que en ese caso no hablaríamos de un abandono, sino de un crecimiento o, dicho de otra forma, de madurez. Pero la mayor parte del tiempo eso no ocurre, y en lugar de crecer, nos abandonamos, extraemos piezas de nuestra esencia y las mandamos a volar, como si pudiésemos reemplazarlas después. Será esa una de las razones por las que a cierta edad nos sentimos vacíos, como si nuestro lugar en el mundo fuera cualquiera menos en el que nos encontramos, y entonces surge la pregunta: ¿En qué nos convertimos? Pero lo cierto también es que solemos olvidar incluso qué piezas son las que nos faltan, y tenemos que resignarnos a vivir en esa constante ignorancia, la de esperar lo inevitable, dejándonos arrastrar por el destino que elegimos.

Como la última vez

Sé que escribo casi lo mismo,
que te tengo acostumbrada a los poemas largos,
los textos tristes y los que son sólo tuyos,
esos mismos que lees antes que cualquier persona.
Sé que estás en mi vida por una razón
y que permaneces porque quieres
y porque te quiero.

Sé que a veces quisieras ser distinta,
cambiarne el mundo con soplos bajitos,
contarme secretos a la sombra de un árbol,
enseñarme tus lugares favoritos,
hacer como si viviésemos sólo un día
y hacer de todo en aquel día.

Sé que, en fin, lo que más quieres es ser feliz.
Y enseñarme a serlo sin necesitarte.
Quisiste demostrar que las personas
son lugares de paso y que el paisaje,
las vistas y todo
lo lleva uno dentro.
(Que lo que vemos en ellos
somos nosotros.)
Pero eso ya lo sabía.
Tú me mostraste la belleza en el dolor,
la cicatriz en forma de beso,
el peso del silencio bajo una mirada,
y el frío de un cuerpo
al que nadie abraza.
Nunca quisiste, claro.
Enseñarme eso nunca quisiste.

Te he visto en todas tus facetas

y en ninguna dejaste de parecerme maravillosa.
Maravillosa cuando estabas irritada, aburrida,
cuando la impaciencia te raptaba las ansias,
cuando reías y te ocupabas en cosas importantes
que yo tenía miedo de interrumpir.
Hermosa ignorándome, evadiendo las preguntas,
diciéndome que me querías, que era increíble,
que amabas los poemas y que preferías mil veces
mis manos de escritor a los de pianista.

Sólo por eso, y por ser a quien más tiempo llevo escribiéndole,
te he dicho a ti cosas que no le he dicho a nadie,
me he traicionado con tal de serte sincero,
y he ignorado mis cargas
para ayudarte con las tuyas
las veces que me has dejado.

Llevo tus manos invisibles hurgando en la herida
cada vez que la memoria abre sus puertas
y me lleva al lugar de siempre,
al del acoso y el desorden
que tú siempre arreglas
antes de irte
y que yo destrozo
cada vez que vuelvo.

Escribir es mi tormenta y mi refugio,
un lugar donde no todo lo que tengo es lo que quiero,
pero donde quiero todo lo que tengo.

Te quiero a ti,
y a mí siendo feliz contigo,
ese es el sueño que arrastro
hace ya no sé cuántos desvelos
desde que apareciste y supe,
quizá con la más cortante de las desesperanzas,

que no sólo no ibas a quererme
sino que yo aprendería a odiarme contigo.

Pero escribía y el escozor menguaba
a un soplo de brisa
que traía tu fragancia
de mujer imposible;
me dije entonces
que quizá no era necesario que me quisieras
como yo te quiero,
ni siquiera que estés aquí
sino en mis manos, en mi mente
y que me quisieras a tu manera.
Tu manera que nunca será la mía
ni la que está en estas palabras,
todas las que pude componer
hasta llegar aquí,
donde las suelto y las lees,
donde la hemorragia desemboca.

Y comprendes
que yo no es que te quiera por ser dolorosa
sino que ya te quería antes de que lo fueras,
que te he querido desde siempre y no sé hasta cuándo,
quizá hasta que se me acaben los sueños,
las prisas, el amor, las ganas
que guardaba sólo para ti.

Lo peor no es que se me acabe lo que quiero ofrecerte,
sino que aquello es todo lo que tengo.
Después de ti quizá habrá alguien
pero no sé si quedará algo de mí.
No sé y eso es porque te llevas lo que te he dado,
que tú, por ser y existir, y mirarme y sonreír
te ganaste mi ilusión ciega
y aunque soy consciente

de que tarde o temprano recibiré el golpe,
hago lo que siempre hago cada vez
que estoy a punto de que alguien acabe conmigo:
abro los brazos
y te doy la bienvenida a mi vida
y a lo que hagas y dejes en ella,
te doy la bienvenida a mis sueños
y a los que destruyas y guardes para ti,
te doy la bienvenida porque no sé querer de otra forma
que ésta donde yo nunca gano.

Haz tú, entonces
con mi vida
lo que quieras.
Yo te agradeceré el golpe
y el hecho de que te marches
diciendo que también te duele
para que aprendas a olvidarme al día siguiente.

Como la última vez.

Como la maldita
última vez.

Minutos inertes

Te vi bajo la sombra de flores marchitas,
y tu sonrisa encarcelada me habló a gritos,
me dijo ven,
te necesito,
abrázame,
hazme un sitio a tu lado.
Hacía frío, no podía negarlo.
La lluvia había dejado tras su paso
un mar de gente deambulando a solas
por calles que se hacían más largas
con cada minuto.
Tú fuiste la única que se quedó atada
a la esperanza como quien se guarece
de un temporal inevitable.
Quise abrazarte pero no pude frenar tu ahogo,
quise llevarte pero no te pude mover de tu sitio,
quise darte calor pero no dejaste de temblar de frío.
Y esas flores marchitas
que la presión del clima maldijo con la muerte,
se deshojaron con tu ausencia,
buscando tus pasos que se alejaban conmigo,
mientras la lluvia hacía una segunda entrada
en los minutos inertes de esta ciudad maldita.

La máscara de mis secretos

Nunca supiste que detrás de mis ojos
había un tobogán de lágrimas
clausurado por el miedo.

Nunca te dije que después de las doce
escribía en otro tono, con otras palabras,
con otro nombre y a otra musa.

Pasaste viéndome sin mirarme
tantas horas seguidas que caían
como goteras
en esta habitación empolvada.

Y quise pero se hizo tarde,
y lo intenté pero fue inútil,
y mantuve abierta la puerta
por si recordabas haberme olvidado
y volviesses por mí.

Luego viajé al interior de mi océano
sin traje ni oxígeno,
sin esperar encontrar nada
para ahogarme con mis palabras.

Y así la he pasado.
Queriéndote sin decírtelo,
caminando contigo
como líneas paralelas
que van cerca pero no juntas.

Duele pero ojalá llegues a entenderlo.

El silencio es la máscara

que le pongo a mis secretos.

Héroe y poeta

Yo sólo quería alcanzar la luna
con la punta de los dedos,
rozando sus cráteres con las yemas,
de pie sobre un mar que se alza.
Deseé un tren sin carriles,
cabalgando en corrientes de aire;
deseé un caballo y sus alas,
la mariposa fuerte volando alto.
Quise ser vestigio y vestirme de futuro,
encontrar mis pasos lejos de este sitio;
quise ser nube, desaparecer,
cambiar el luto de la espera
por el amanecer de sus ojos.
Yo sólo quise un precio menor que el olvido,
un hogar con jardín y terraza,
quise ser héroe y poeta,
no tener que quitarme la capa...

Contando fracasos

Cuento los fracasos en voz baja
porque nadie ventila su frustración
como si fuese motivo de orgullo.

En mis brazos y manos
los nombres de los amores antiguos
se siguen apilando, sangrantes,
sobre cada palabra que escondo;
el silencio nunca ha sabido
corresponder mi fidelidad desmedida.

Esto que ves es un poeta maltrecho,
un poeta al que llorar
nunca le ha causado vergüenza;
un poeta que se sabe frágil,
que está enfermo de sueños,
que nunca se ha rendido
a pesar de ser un cobarde.

Llevo horas contando fracasos,
la mayoría de ellos tienen nombre,
otros son simples anónimos
cuyos recuerdos conservo
en forma de notas y metas.

Mis pasos me han traído hasta aquí,
donde una vez alguien me dijo
que fui lo mejor que le pasó en la vida
y ya no está.

Así aprendí a amar a pesar del daño
y hoy ya no sé querer sin que me duela,
sin no querer saber que mañana

voy a terminar de nuevo
bajo los escombros
de una ciudad que el amor construyó
con las sobras de nuestro orgullo.

Nunca le digas a nadie que amarte
me salió demasiado caro.
No quiero que sepan
que esto no es poesía,
que no soy ningún poeta,
que ni siquiera lo único por lo que vivo
me salió hacer bien una vez.

Las heridas que tengo
han sido causadas
por exceso de sueños,
pero seguí soñando
y seguí queriéndote.

Quédate con este secreto,
de que te quise y que te quiero,
aunque al mirarte vuelva a perderte,
aunque ya nadie se acuerde de mí
y vuelva algún día a contar mis fracasos
y me sorprenda a mí mismo
contando tu nombre entre ellos.

Fracasos

Cuento los fracasos en voz baja
porque nadie ventila su frustración
como si fuese motivo de orgullo.

En mis brazos y manos
los nombres de los amores antiguos
se siguen apilando, sangrantes,
sobre cada palabra que escondo;
el silencio nunca ha sabido
corresponder mi fidelidad desmedida.

Esto que ves es un poeta maltrecho,
un poeta al que llorar
nunca le ha causado vergüenza;
un poeta que se sabe frágil,
que está enfermo de sueños,
que nunca se ha rendido
a pesar de ser un cobarde.

Llevo horas contando fracasos,
la mayoría de ellos tienen nombre,
otros son simples anónimos
cuyos recuerdos conservo
en forma de notas y metas.

Mis pasos me han traído hasta aquí,
donde una vez alguien me dijo
que fui lo mejor que le pasó en la vida
y ya no está.

Así aprendí a amar a pesar del daño
y hoy ya no sé querer sin que me duela,
sin no querer saber que mañana

voy a terminar de nuevo
bajo los escombros
de una ciudad que el amor construyó
con las sobras de nuestro orgullo.

Nunca le digas a nadie que amarte
me salió demasiado caro.
No quiero que sepan
que esto no es poesía,
que no soy ningún poeta,
que ni siquiera lo único por lo que vivo
me salió hacer bien una vez.

Las heridas que tengo
han sido causadas
por exceso de sueños,
pero seguí soñando
y seguí queriéndote.

Quédate con este secreto,
de que te quise y que te quiero,
aunque al mirarte vuelva a perderte,
aunque ya nadie se acuerde de mí
y vuelva algún día a contar mis fracasos
y me sorprenda a mí mismo
contando tu nombre entre ellos.

Ciego y empedernido

Te vas porque un poema sale caro
cuando no se escribe a quien se quiere.

Te vas dejando desnudas
todas la paredes tras tu ausencia,
y se vuelven interminables los pasillos
que conducen a la puerta de salida.

Te vas porque cometí el error
de decir la verdad cuando es muy tarde.
Y todo este mundo que fue nuestro
se viene abajo de repente.

Lloran los hijos que no tuvimos
al contemplar un divorcio prematuro,
y se marchitan todas las hojas
que inspiraste siendo musa.

Se visten de gala nuestros miedos
y bailan al compás de la desidia,
porque saben que ganaron
atacando siempre desde dentro.

Se escuchan disparos a lo lejos
y mueren las flores del alféizar;
dejan de creer en el amor
todos los amantes de la luna.

Te llevas la custodia del futuro,
y yo los recuerdos en rebajas;
tú, el manantial de tus encantos
y yo el desierto de mi vida.

Y no hay adiós que redima

la dignidad que ya he perdido.

Te vas y no lo acepto;
estoy derrotado y no me rindo;
soy tan ciego y empedernido
y no quiero dejarte
porque a pesar del dolor
que me causa esta ruptura,
tengo que admitir abiertamente
que eres lo mejor que me ha pasado.

Se busca musa

Se busca musa para dedicar poemas, para evadir la tristeza y el frío de este agosto. Se busca musa para calentar la piel y el alma, y olvidar de ese modo que somos efímeros. Se busca musa para inspirar la primavera, para redimir los veranos, reconciliar el pasado con los sueños, dejar las pesadillas de lado. Se busca musa para crear días dignos de repetirse, para contemplar playas y parques, abrazarnos en público desafiando al miedo, mirar al cielo con la certeza de que hasta Dios sonrío si nos ve juntos. Se busca musa para darle miedo a la soledad; para vencer juntos la distancia del silencio, las fronteras del orgullo, los abismos de la ausencia. Se busca musa para acabar con las palabras no dichas, volver a ser valiente desnudando el alma. Se busca musa para demostrar que ni las nubes quedan tan alto, ni la libertad es imposible; se busca musa para darles hogar a los poemas huérfanos que aún me habitan en el alma, ansiosos por salir a conquistar varias veces la misma sonrisa. Se busca musa para dejar de pensar por mitades, para llenar esta cama fría, para compartir tres sábanas, dos almohadas y mil vidas. Se busca musa para fabricar recuerdos, para exhibir la ternura del romance en público, y compartir la elegancia del erotismo en privado; hacer del amor una historia que no termine, convertir las habitaciones en salones de baile, dar conciertos en la ducha. Se busca musa para convertirla en mi ciudad predilecta, visitar cada uno de sus paisajes de ensueño como quien visita cafés y bibliotecas. Se busca musa dispuesta a convertirse en eterna, sabiendo que su nombre no será olvidado, sabiendo que habitará en más de un libro. Se busca musa que duela a veces pero no tanto; que ame siempre y tan bonito; que hasta sus defectos inspiren poemas, que hasta en sus días malos sea radiante. Se busca musa para volver a creer en las promesas, recuperar la fe en las segundas oportunidades. Se busca musa porque la poesía también merece que de vez en cuando una heroína la rescate, que protagonice las dedicatorias y sea la esencia de las palabras, el impulso vital del arte, la razón de ser de un poeta, de este poeta que todavía cree en la magia.